

terminar este doloroso trance: adelantáronse los asesinos, las amontonaron en las gabarras, y después de haberlas desnudado, les ataron las manos á la espalda. Resonaron entonces por todas partes los gritos mas penetrantes, las mas amargas imprecaciones de las desgraciadas madres contra sus verdugos: Fouquet, Robin y Lamberty respondian á sablazos, y la tímida belleza, bastante ocupada ya en ocultar su desnudez á los monstruos que la ultrajaban, aparta estremecida sus miradas de su compañera desfigurada por la sangre, y que vacilante ya entre la muerte y la vida, exhala el último suspiro á sus pies. Suena la formidable señal: los carpinteros levantan al golpe de sus hachas las troneras, y el mar sumerge para siempre á las desventuradas.»

¡Ved aquí el objeto de vuestros himnos! ¡Millares de ejecuciones en menos de tres años, y en virtud de una ley que privaba á los acusados de testigos, de defensores y de apelacion! ¿Habeis olvidado que la memoria de una sola sentencia injusta, la de Sócrates, ha atravesado veinte siglos para deshonorar á sus jueces y á sus verdugos? Para entonar el canto de triunfo, sería preciso aguardar por lo menos á que los padres y las madres, las esposas y los hijos, los hermanos y las hermanas de las victimas hubiesen muerto; empero pueblan todavía la Francia mujeres, ciudadanos, comerciantes, magistrados, labriegos, soldados, generales, inmensa mayoría de plebeyos que fuisteis victimas del Terror, ¿os place suministrar nuevo pábulo á este extraordinario espectáculo?

Objétase: una revolucion es una batalla: ¡Comparacion inexacta! En un campo de batalla se recibe la muerte dándola: ambos partidos tienen las armas en la mano. El verdugo combate sin peligro, empuña la soga ó la cuchilla, y le entrega maniatado al enemigo. No sé que nunca se haya dado el nombre de combate á lo que pasó entre Luis XVI, la doncella de Verdun, Bailly, Andrés Chenier; el anciano Malesherbes y el verdugo: El hadron que me espera al extremo de un bosque, juega al menos su vida contra la mia; pero el revolucionario que despues de haberse vendido ya á la corte, ya al partido republicano, enviaba desde el seno de la disolucion carros llenos de mujeres á la plaza del cadalso; ¿qué riesgos corria con tan débiles adversarios?

Los prodigios de nuestros soldados no fueron obra del Terror: produjolos el espíritu militar de los Franceses, que despertará siempre al eco de la trompeta. No fueron los comisarios de la Convencion y las guillotinas, á consecuencia de las victorias, los que restablecieron la disciplina en los ejércitos, sino estos, quienes restauraron el orden en Francia.

La prueba de que aquella época fatal no tenia cosa alguna superior, propia para ser reproducida, es que sería imposible hacerla renacer. Los tumultos y las matanzas populares pertenecen á todos los siglos, á todos los paises; pero una organizacion completa de asesinatos llamados legales; de tribunales que sentencian á muerte en todas las ciudades; de asesinos afiliados que despojan á sus victimas y las conducen casi sin guardia al patíbulo, no se ha visto sino una vez, ni nunca volverá á verse. Ahora se resistirian los ciudadanos uno á uno: cada cual se defenderia en su casa, en su campo, en la cárcel y hasta en el mismo cadalso. El Terror no fue invencion de algunos gigantes: fue sencillamente una enfermedad moral, una peste. Un médico lleno de entusiasmo por su arte, exclamaba lleno de alegría: «Hemos vuelto á hallar la lepra.» No se volverá á hallar el Terror. No enseñemos al pueblo á amar los crímenes: no queramos pasar por una nacion de ogros, que lame con delicia como el leon sus ensangrentadas quijadas. El sistema del terror llevado al extremo, no es otra cosa que la conquista conseguida por el exterminio; por consiguiente, no es posible consumir bastante pronto todos los ho-

locustos para que el horror que inspiran no subleve hasta á los atizadores de las hogueras.

La misma admiracion que se concede al terror, se prodigaba á los terroristas con igual sin razon: los que los han tratado de cerca no eran sino unos miserables, cuya capacidad mental estaba ceñida á límites muy vulgares: héroes del miedo, mataban con el temor de ser asesinados. Lejos de haber formado esos designios profundos que se les suponen en el dia, caminaban sin saber á dónde se dirigian, á merced de su embriaguez y de los acontecimientos. Se ha dado el nombre de inteligencia á los instintos materiales: se ha forjado la teoría con arreglo á la práctica, y del poema se ha deducido la poética. Si algunos de aquellos estúpidos diablos han mezclado casualmente ciertas prendas á sus vicios, estos dones estériles se parecian á los frutos que se desprenden de la rama y se pudren al pié del árbol que los ha producido. Un verdadero terrorista es un hombre mutilado, privado como el eunuco de la facultad de amar y de reproducirse, y háse querido convertir en talento: u impotencia.

Que durante la fiebre revolucionaria se encontrasen atroces calumniadores nutridos con sangre como esas inmundas sabandijas que pululan en los muladares; que brujas mas crapulosas que las de Mabeth bailasen en torno del caldero donde hervian los miembros desgarrados de Francia, puede tener explicacion; pero que se hallen en el dia hombres que en una sociedad pacífica y bien organizada, se constituyan los mejores apologistas de aquellas orgias brutales; hombres que inciensen y coronan de flores la cubeta donde caian las cabezas con corona ó con garro colorado; hombres que entonan la lógica del homicidio, que se hacen maestros en el arte del asesinato, como hay profesores de esgrima: hé ahí lo que no se comprende.

Desconfiemos de este movimiento del amor propio que nos hace creer en la superioridad de nuestro talento y en la fortaleza de nuestra alma, porque miramos á sangre fría las catástrofes mas espantosas: el verdugo maneja los troncos de las victimas sin moverse: ¿prueba esto acaso la firmeza de su carácter ó la sublimidad de su inteligencia? Cuando el mas vil de los pueblos; cuando los romanos del tiempo del imperio corrian al espectáculo de los gladiadores; cuando se degollaban veinte mil prisioneros para divertir á un Nerón cercado de prostitutas desnudas, ¿no era esto el terror en gran escala? ¿Alterará el nombre la naturaleza del hecho? ¿Deberemos hallar horrible en nombre de la tiranía, lo que hallariamos admirable en nombre de la libertad?

Colocar la fatalidad en la historia es desembarazarse del trabajo de pensar, ahorrarse la pena de indagar la causa de los acontecimientos. Mas mérito y dificultad hay en demostrar cómo el extravío de los principios de la moral y de la justicia ha producido desgracias, y cómo estas han originado las libertades, por el regreso á las nociones de la moral y la justicia. Hay sin duda en esto mas dificultad que en colocar la sociedad bajo gruesas manos de almirez, que reducen á masa ó polvo las cosas y los hombres: solo falta soltar la presa de las pasiones, y principiarán las manos de almirez á levantarse y volver á caer. En cuanto á mí, ningún entusiasmo me inspira una segur. He visto clavar cabezas en la punta de una pica, y aseguro que semejante espectáculo es horroroso. He encontrado algunas de esas grandes capacidades que hacian pasear las cabezas, y puedo decir que no hay cosa mas limitada que ellos: el mundo los dirigía y juzgaban dirigir el mundo. Conocí á uno de los mas famosos revolucionarios, hombre ligero, hablador, de un talento muy escaso, y que careciendo enteramente de valor, era de todo punto inútil en los peligros. No me intimidan los destrozadores de carne humana; en vano me dirán que de sus fábricas de podredumbre y

de sangre sacan excelentes ingredientes de los esqueletos molidos con arte: obreros de cadáveres, por mas que pulvericeis la muerte, nunca hareis brotar de ella un germen de libertad, un grano de virtud, una chispa de ingenio!

Guarden, pues, los teóricos del terror, si les place su fanatismo de hielo, que les sugiere dos ó tres palabras inexplicables de *necesidad*, *movimiento*, *fuerza progresiva*, bajo las cuales ocultan lo vacío de sus pensamientos: no volveré á leerlos, pero leeré una y mil veces á los dos historiadores á quienes han tomado con tanto desacierto por guías, y cuyo talento me hará olvidar á sus despreciables y salvajes imitadores.

Por lo demás, un autor á quien la libertad debe mucho, el último orador de esas generaciones constitucionales que espiran; un hombre cuya reciente muerte debe aumentar su autoridad, M. Benjamin Constant, ha combatido antes que yo á esos dogmáticos de Terror. Necesario es leer íntegro en sus *Miscelaneas de literatura y de política*, el artículo de que voy á copiar tan solo este pasaje. El Terror no ha producido bien alguno. A su lado ha existido lo que era indispensable á todo gobierno, pero que hubiera existido sin él, y lo que corrompió y emponzoñó mezclándose con él.

«Este régimen odioso no ha preparado, como dicen, al pueblo para la libertad; sino á sufrir un yugo cualquiera; ha encorvado las cabezas, pero degradando los ánimos, marchitando los corazones: ha sido útil durante su existencia á los amigos de la anarquía, y su recuerdo sirve ahora á los amigos de la esclavitud y del envilecimiento de la especie humana.

«No habria reproducido tan funestas memorias á no haber pensado que interesaba á la Francia, cualquiera que sea en adelante su destino, no ver confundir lo que es digno de admiracion con lo que solo inspira horror. Justificar el régimen de 1793, pintar crímenes y delirios como una necesidad que pesa sobre los pueblos cuantas veces procuran ser libres, es perjudicar á una causa sagrada mas de lo que podian perjudicar los ataques de sus enemigos mas declarados.

«Distinguid, pues, cuidadosamente las épocas y los hechos; condenad lo que es eternamente culpable: no recurrais á una metafísica abstracta y sutil para prestar á los atentados el pretexto de una fatalidad irresistible que no existe; no despojeis vuestros juicios de toda autoridad, y de todo valor vuestros homenajes.»

Debe consolarnos el pensar que el régimen del Terror no puede renacer, no solo, como ya he dicho, porque nadie se someteria á él, sino tambien porque las causas y las circunstancias que lo produjeron han desaparecido. En 1793, fue preciso demoler el inmenso edificio de lo pasado, y conquistar ideas, instituciones y propiedades. Concíbese fácilmente que un sistema de matanza, aplicado como una palanca á la destruccion de un edificio colosal, pudiese parecer una fuerza necesaria á unos hombres perversos; mas hoy todo está derribado, todo conquistado, ideas, instituciones y propiedades. ¿De qué se trata actualmente? De una forma política mas ó menos republicana, de algunas leyes que deben abolirse ó publicarse, y de ciertos hombres que es preciso reemplazar por algunos otros. Empero, por tan pequeños resultados, que no encuentran ninguna resistencia colectiva, que no lastiman ninguna clase determinada, no se necesita aniquilar una nacion. No se hace terror *á priori*: el terror no fue un plan combinado y anunciado de antemano, sino que vino poco á poco con los acontecimientos; empezó por los asesinatos privados y en tropel de 1789, 1790, 1791 y 1792, para llegar á los asesinatos públicos y metódicos de 1793. Los terroristas no sabian anticipadamente que lo eran. Nuestros terroristas en teoría nos gritan: «Nosotros somos terroristas de gran cuenta; nosotros vamos á

establecer un soberbio terror. Venid, y os guillotinaremos, pues somos hombres enérgicos, y el genio es nuestro lado fuerte.» Estos parodistas de terror, estos terroristas de sainete, muy capaces sin duda de mataros si los desafiáis, por vía de prueba, serian incapaces de sostener tres dias consecutivos el instrumento de la muerte, que en breve caería sobre sus cabezas.

DE ESTOS ESTUDIOS HISTÓRICOS.

TIEMPO es ya de dar cuenta de mis propios *Estudios*. He aducido en mi *Prólogo* las razones por las cuales no será leído y las causas por qué pierdo el último gran trabajo de mi vida; pero en fin, si en algun momento robado á la gravedad de las catástrofes presentes; si en esos breves intervalos de descanso que separan los acontecimientos en las revoluciones, algunos hombres estudiosos se ocupasen de mis observaciones, voy á aborrrarles el trabajo de pasar adelante. Cuando se haya echado una mirada sobre la conclusion de este prefacio, se podrá decir, si se quiere, que se ha leído mi obra; y se estará en el caso de aprobarla ó combatirla sin haberla leído; si por casualidad tiene alguno el tiempo ó el capricho de empeñar una controversia literaria.

He dado á la primera parte de mi trabajo el título de *Estudios Históricos*, dejándole no obstante el de *Discursos* que primero habia elegido. He pensado que el título de *Estudios* convenia mejor á la modestia de mi tarea, que me daba mas libertad para hablar de varios asuntos enlazados con el principal, y no me obligaba á sostener de continuo mi estilo en la altura del discurso.

En la *Introduccion* expongo mi sistema, y defino las tres verdades fundamentales del orden social la verdad religiosa, la verdad filosófica ó la independencia del espíritu del hombre, la verdad política ó la libertad. Opino que todos los hechos históricos nacen del choque, de la division ó de la alianza de estas tres verdades. Adopto por verdad religiosa la verdad cristiana, no como Bossuet, haciendo del Cristianismo un círculo inflexible, sino uno que se extiende á medida que las luces y la libertad se desarrollan. El Cristianismo ha tenido varias eras: su era moral ó evangélica, su era de los mártires, su era metafísica ó teológica, su era política, y ha llegado á su era ó su siglo filosófico.

El mundo moderno tiene su nacimiento al pié de la cruz. Las naciones modernas se componen de los tres pueblos pagano, cristiano y bárbaro; de aquí la necesidad para conocerlos bien, de remontarse á su origen; de aquí la obligacion para el historiador de tomar los hechos desde el tiempo de Augusto, en que principia á la vez el imperio romano, el Cristianismo y los primeros movimientos de los bárbaros.

Tenemos, pues, la historia del imperio romano mezclada con la del Cristianismo, el cual ataca en el interior la sociedad pagana, mientras que los bárbaros la asedian en el exterior; y la historia de las invasiones sucesivas de los bárbaros, distinguiendo dos principales: una cuando los bárbaros no habian aun recibido la fe; otra cuando eran ya cristianos.

Hé aquí los vicios principales de la sociedad antigua; estaba fundada sobre dos abominaciones: el politeísmo y la esclavitud. El politeísmo falseando la verdad religiosa, esto es, la unidad de Dios, falseaba todas las verdades morales, al paso que la esclavitud destruía todas las verdades políticas.

Hé aquí la filosofía de los paganos: doctrina que comunicó al Cristianismo, y doctrinas que este recibió de ella. Los filósofos griegos hicieron salir la filosofía de los templos y la encerraron en las escuelas: los sacerdotes cristianos la hicieron salir de las escuelas, y la extendieron por todos los hombres.

El politeísmo se encontró en el reinado de Juliano en la misma situación en que se halla el Cristianismo en nuestros días; con la diferencia de que al presente no existe un culto que pueda reemplazar al Cristianismo, mientras en tiempo de Juliano, este estaba preparado y dispuesto á sustituir la religión antigua. Inútiles fueron los esfuerzos de Juliano para hacer retrogradar su siglo: el tiempo no retrocede, y el campeón más audaz no podría obligarle á quedar un paso atrás. Merced á la conversión de Constantino y á la destrucción de los templos, la verdad política comienza á inocularse en la sociedad por medio de la moral cristiana y de las instituciones de los bárbaros. Entre los grandes trastornos que ocurrieron en el orden social, por el Cristianismo, debemos señalar principalmente la emancipación de las mujeres, que sin embargo no ha sido sancionada todavía por la ley, y el principio de la igualdad humana, desconocido de la antigüedad politeísta.

Todos los orígenes de nuestra sociedad han sido referidos á dos siglos anteriores á su verdadera época. Constantino, que reemplazó el gran patriarcado por una nobleza titulada, y que trocó con sus demás instituciones la naturaleza de la sociedad latina, es el verdadero fundador del poder real moderno, en lo que conservó del carácter romano.

Entre las monarquías bárbaras y el imperio puramente latino-romano, hubo un imperio romano-bárbaro que duró cerca de un siglo antes de la deposición de Augústulo. Los historiadores no han hecho esta observación, la cual explica por qué en el momento de la fundación de los reinos bárbaros, nada pareció cambiar en el mundo: con más ó menos infortunios veíanse siempre en la escena los mismos hombres y las mismas costumbres.

Habiendo llegado al través de los acontecimientos, á la erección del reino de Italia por Odoacro, y á la del reino de los francos por Clovis, me detengo, y presento separadamente los tres grandes cuadros de las costumbres, de las leyes y de la religión de los paganos, los cristianos y los bárbaros.

Concentración de todas las filosofías y de todas las religiones en el Asia hebrea, persa y griega. Escuela famosa de los profetas. Sistemas filosóficos, herejías judaicas y griegas: afinidades de los sistemas filosóficos y de las herejías. La herejía mantuvo la independencia del espíritu humano, y fue favorable á la verdad filosófica.

Aquí concluyen los *Estudios históricos*, y adopto un nuevo título para continuar mi marcha.

He indicado que mi primer plan era escribir unos *Discursos históricos* desde el establecimiento del Cristianismo, (pasando por el imperio romano, las razas Merovingia y Carlovíngia y la raza de Capeto), hasta el reinado de Felipe VI llamado de Valois. En este reinado me proponía escribir la historia de Francia propiamente dicha, llegando á la época de la revolución; no me había comprometido á publicar en la colección de mis *Obras* sino los *Discursos históricos*; mas viendo que la vida huye de mí sin permitirme cumplir mis proyectos, he determinado satisfacer á aquellos de mis lectores que han manifestado el deseo de conocer mi sistema entero sobre la historia de nuestra patria. En su consecuencia trazo un *análisis razonado* de esta historia, durante las dos primeras razas, y una parte de la tercera. Cuando llego á la época en que debía principiar mi historia propiamente dicha, intercalo algunos fragmentos de los reinados de Felipe de Valois y del rey Juan, particularmente las batallas de Creci y de Poitiers, teniendo cuidado de llenar las lagunas con sumarios. Después de estos dos reinados vuelvo al *análisis razonado*, y lo continúo hasta la muerte de Luis XVI.

Los *Estudios ó Discursos históricos* muy extensos que comprenden desde Augusto hasta Augústulo,

muestran por la profundidad de los fundamentos la intención que tenía de levantar un vasto edificio; me ha faltado el tiempo, y no he podido edificar sobre los cimientos que había abierto sino una especie de tienda de tablas ó de lienzo, groseramente pintada, representando bien ó mal el monumento proyectado, y adornada con algunos trozos de arquitectura, esculpidos separadamente con arreglo á mis primeros diseños. Sea lo que fuere, voy á explicar los delineamientos de mi plan, ó hablando en otros términos, de mi *análisis razonado*.

En cuanto á las dos primeras razas, adopto generalmente las ideas de la escuela moderna no trasformo los francos en franceses, sino que veo á la sociedad entera dominada por algunos bárbaros hasta el fin de la segunda raza. Sigo el sistema de Mr. Thierry por lo que respecta á los nombres propios de la primera y la segunda raza, porque en efecto, nada fija mejor el momento de la metamorfosis de los francos en franceses, que las alteraciones sobrevenidas en los nombres. Pero no he usado enteramente en los nombres francos la misma ortografía que el autor de las *Cartas sobre la historia de Francia*, no escribiendo, por ejemplo *Khlodowig* ó *Chlodorrig* en vez de *Clovis*, procurando de este modo no herir aquello á que están acostumbrados nuestros ojos y oídos.

Además, justifican mi ortografía los cronistas latinos, germánicos y franceses antiguos: Du Tillet, y principalmente Chantereau y Lefebvre, han intentado suavizar algunos nombres, y me parece útil aplicar por fin semejante reforma á nuestra historia. Confieso, no obstante que he sido débil por lo que respecta á Carlo-Magno, pues me ha sido imposible cambiarle en *Karlos el Grande*, excepto cuando he citado al monge Saint-Gallo. ¿Qué queréis? No hay poder bastante contra la gloria, y cuando esta ha compuesto un nombre, forzoso es adoptarlo aunque lo hubiera pronunciado mal. Los griegos eran grandes corruptores de la verdad silábica: su oído poético y desdenoso, sin cuidarse de la verdad histórica, adaptaba violentamente los nombres bárbaros á la eufonía. Escribo también *Karlos el Martel* en vez de *Karlos Martillo*, (*Marteau*); es absolutamente lo mismo en la antigua lengua, y confío que no se me criticará el que siga la costumbre de decir Carlos Martel.

Habia dado principio á numerosas indagaciones sobre los galos; mas habiendo salido á la luz la obra de Mr. Amadeo Thierry, he abandonado mi trabajo, porque es el destino de ambos hermanos instruirme y desalentarme.

Mas si me he sometido á las felices innovaciones de la escuela moderna, también combatí algunas de sus opiniones. No puedo admitir, por ejemplo, que los Francos fuesen una especie de salvajes semejantes á aquellos con quienes he vivido en América, porque los hechos rechazan esta suposición. Deshecha igualmente la segunda invasión de los Francos, que habría sentado en el sío á los Carlovíngios, mas arriba dejo expuestos los motivos de mi incredulidad. En cuanto á la escuela antigua, niego su doctrina relativa á la herencia de los reyes de la primera y de la segunda raza; sostengo que la elección existía en todas partes, y que no podía haber usurpación donde dominaba la elección. Hay más aun: siento que la herencia es una cosa nueva en las sucesiones reales, y que lo ignora toda la antigüedad europea, y que esta herencia no principió hasta Hugo Capeto en el siglo x, por una razón que indicaré en dos palabras.

La antigüedad romano-bárbara espiró hácia el fin de la segunda raza, y entonces se verificó una de las grandes trasformaciones del género humano por medio del establecimiento del feudalismo. La edad media fue obra del Cristianismo, ejerciendo su acción sobre los bárbaros y sobre las instituciones germánicas.

Antes de entrar en el *análisis razonado* de los reinados de la tercera raza, demuestro cuál era la comunidad cristiana, y cuál la constitución de la Iglesia, dos cosas distintas entre sí. Pruebo que la Iglesia cristiana era una monarquía electiva, representativa y republicana, fundada en el principio de la igualdad más completa; que la inmensa mayoría de los bienes de la Iglesia pertenecía á la parte plebeya de las naciones; que una abadía no era sino una casa romana; que el papa, hijo con frecuencia de las últimas clases de la sociedad, era el tribuno y el mandatario de las libertades de los hombres; y que solo en calidad de único representante de una verdad política oprimida, tenía la misión y la autoridad de juzgar y deponer á los reyes. Digo que en aquella época en que desapareció el pueblo, este se hizo sacerdote y conservó bajo este disfraz el uso y la soberanía de sus derechos: esta es la era del Cristianismo, que estaba destinado á penetrar en el Estado y apoderarse del poder temporal cuando todas las luces se concentraron en el clero. La libertad es cristiana.

Se ve, pues, en la presente exposición que mis ideas sobre el Cristianismo difieren de las del conde de Maistre y de las del abate de Lamennais. El primero pretende reducir los pueblos á una servidumbre común, dominada á su vez por la teocracia; ó el segundo llamar á los pueblos (salvo error mío), á una independencia general bajo la misma dominación teocrática. A ejemplo de un ilustre compatriota pido la emancipación de los hombres, y exijo también la del clero, como se verá en estos *Estudios*; mas no creo que el papismo deba ser una especie de poder dictatorial que pese sobre las futuras repúblicas. En mi concepto el Cristianismo se hizo político en la edad media por una necesidad rigurosa, pues cuando las naciones hubieron perdido sus derechos, la religión, que era entonces el único elemento de ilustración y poder, se constituyó en su depositaria. Mas hoy que los pueblos recobran sus derechos, el papismo abdicará naturalmente las funciones temporales, y resignará la tutela de su pupilo, entrado ya en su mayor edad. Deponiendo la autoridad política conque fue justamente investido en los días de opresión y de barbarie, el clero volverá á entrar en las vías de la Iglesia primitiva, cuando tenía que combatir la falsa religión, la falsa moral y las falsas doctrinas filosóficas. Pienso que la edad política del Cristianismo espira, que su edad filosófica principia, y que el papismo no será ya en adelante sino el manantial puro en que se conservará el principio de la fe, tomada en el sentido más racional y lato. La unidad católica se personificará en un jefe venerable que represente en su persona á Cristo: es decir, las verdades de la naturaleza de Dios y de la naturaleza del Hombre. Sea siempre el sumo pontífice el conservador de estas verdades al lado de las reliquias de San Pedro y de San Pablo! Dejemos en la cristiana Roma que todo un pueblo caiga de rodillas bajo las manos de un anciano que lo bendice. ¿Hay algo acaso que pueda conformarse mejor con tantas ruinas? ¿En qué podría desagradar esto á nuestra filosofía? El papa es el único príncipe que bendice á sus súbditos.

La verdad religiosa no será destruida, porque ninguna verdad se pierde; pero se la puede desfigurar, abandonar, negar en ciertos momentos de sofismas y de orgullo, por aquellos que, no creyendo ya en el Hijo del Hombre, son los discípulos ingratos de la nueva sinagoga. Para mí no hay cosa alguna mejor que una institución consagrada á la custodia de esa verdad de esperanza, donde los espíritus pueden ir á saciar su sed de doctrina, como en la fuente de agua viva de que habla Isaías. No existen ya las antipatías entre las diferentes comuniones: los hijos de Cristo, de cualquier rama que vengan, se han apiñado al pie del Calvario, tronco natural de la familia. Los desór-

denes y la ambición de la corte romana han cesado, y solo han quedado en el Vaticano la virtud de los primeros obispos, la protección de las artes y la magestad de los recuerdos. Todo tiende á recomponer la unidad católica; con algunas concesiones de una y otra parte, pronto se pondrán de acuerdo. Repetiré lo que he dicho ya en esta obra: para despedir un nuevo brillo, solo aguarda el Cristianismo un ingenio superior que venga á tiempo á ocupar su destino (1). La religión cristiana entra en una nueva era, y sufre como las instituciones y las costumbres la tercera trasformación. Cesa de ser política, y se convierte en filosófica sin dejar de ser divina; su círculo flexible se extiende con las luces y las libertades, mientras que la cruz señala para siempre su inmovible centro.

Con la tercera raza se constituye el feudalismo, y en el reinado de Felipe I aparece la edad media en toda la energía de su juventud, con el alma enteramente religiosa, el cuerpo completamente bárbaro, y el entendimiento tan vigoroso como el brazo. El heredamiento y el derecho de primogenitura se establecieron en la persona de Hugo Capeto, con la ceremonia de la consagración. Esta, ó la elección religiosa, ha usurpado la elección política; presentó las pruebas de este hecho, que ningún historiador, al menos que yo sepa, había observado hasta hoy.

Los Francos se convierten en Franceses bajo el cetro de los primeros reyes de la tercera raza.

Han existido cuatro monarquías contando desde Hugo Capeto hasta Luis XVI: la monarquía puramente feudal y de los grandes Pares; la de los Estados llamados despues Estados generales; la parlamentaria, en las suspensiones de los Estados, y la monarquía absoluta, que se pierde en la constitucional.

Incidentes de estas diversas monarquías, ó grandes acontecimientos que se enlazaron con ellas, fueron la emancipación de las municipalidades, (*comunidades*), las Cruzadas, etc., etc.

La monarquía feudal era una verdadera república aristocrática federativa; ó mejor dicho, una democracia noble, porque en esta aristocracia no había pueblo, ni vasallos, sino tan solo esclavos. El nombre pueblo no se halla en aquella época en las crónicas, porque efectivamente no existía. El pueblo principió á renacer en el reinado de Luis el Gordo, en las ciudades con los *vecinos*, en los campos con los *siervos emancipados*, y con la recomposición sucesiva de las propiedades pequeñas y medianas.

Definamos el feudalismo. ¿Qué era el feudo? La mezcla de la propiedad y de la soberanía. La propiedad tomó el carácter del propietario y se hizo conquistadora: el poder, la justicia y la nobleza, fueron unidas á la posesión de las tierras, siendo esta la principal causa de la larga duración del reinado feudal. Hé aquí algunas pruebas y explicaciones acerca de esto.

El feudo y el alodio eran el combate y la coexistencia de la propiedad según la sociedad antigua, y la propiedad, según la sociedad nueva. El mundo feudal fue tan solo un mundo militar en el que todo descansó como en un campamento entre los jefes y los soldados, sobre la subordinación y los compromisos de honor.

Bajo el feudalismo la esclavitud germánica reemplazó á la esclavitud romana. La servidumbre ocupó el lugar de la esclavitud; este fue el primer paso de la emancipación de la raza humana, ¡y cosa rara! se debió al feudalismo. El siervo convertido en vasallo, no fue ya sino un soldado armado, pues las armas

(1) Después de escritas estas líneas, el cardenal Capellari ha sido nombrado papa: es hombre de vasta ciencia y de virtud eminente, que conoce su siglo; mas no ha llegado harto tarde? Formé ardientes votos por esta elección en el anterior conclave.

libertaban á los que las esgrimian. De la servidumbre se pasó al salario, y este se modificó mas adelante, porque no es una libertad completa.

Luis el Gordo no emancipó las municipalidades como lo ha asegurado por espacio de tanto tiempo la antigua escuela histórica; pero el movimiento de insurrección general de las municipalidades en el siglo XI, que ha observado la escuela moderna, no debe admitirse, sino con restricción, porque esta escuela se ha dejado arrastrar sobre este punto por el espíritu de sistema.

Las Cruzadas recompusieron los grandes ejércitos modernos, descompuestos por los acantonamientos del feudalismo.

La caballería no tiene su origen en las Cruzadas, y los novelistas que la refieren al tiempo de Carlo-Magno, no han faltado, como se cree, á la verdad histórica. La caballería comenzó á un mismo tiempo entre los moros y entre los cristianos, á fines del siglo VIII. El autor del poema de *Antar*, y el monge Saint-Gall (que escribían uno y otro las hazañas de los paladines moros y cristianos), Carlo-Magno y Arun-al-Rachid, eran contemporáneos. Pruébase esta antigüedad de la caballería, por las costumbres, los combates, las armas, las artes, los monumentos y la arquitectura.

No hubo caballería colectiva, sino una caballería individual. La caballería histórica ha dado nacimiento á una caballería romántica, y esta, que marchó á la par con la caballería histórica, selló los tiempos de la edad media con un carácter de fantasía y de fábula que es muy esencial distinguir.

La monarquía de los Estados cuyo origen procede del reinado de San Luis, aunque no se fija su fecha, hasta el de Felipe el Hermoso, nunca entró por completo en las costumbres de Francia; fue siempre débil, porque las dos primeras órdenes, el clero y la nobleza, tenían constituciones particulares y se cuidaban muy poco de una constitucion comun. El tercer Estado, llamado únicamente para votar impuestos, no atendía sino á unirse á la corona para defenderse de las otras dos órdenes. La monarquía parlamentaria debilitaba tambien los Estados, usurpando sus funciones y poderes. Finalmente, el reino no formaba entonces un cuerpo homogéneo, sino que tenía Estados de provincia, y la autoridad de los Estados de la lengua d'Oyl era desconocida á treinta leguas de Paris.

Cuadro general de la edad media en el momento en que la rama de los Valois subió al trono: vida prodigiosa de este siglo; educacion, costumbres privadas, artes, etc.; modo independiente y vigoroso de imitar y apropiarse los autores clásicos. Poblacion y aspecto de la Francia en la edad media: cubrian su suelo mas de ochenta mil monumentos. Admirable arquitectura gótica; su historia. Pudo tener su primer origen en la Persia. Nació del neo-greco asiático introducido en Europa á un mismo tiempo por dos religiones y por tres caminos distintos: en España por los moros; en Italia por los griegos; en Francia, Inglaterra y Alemania por las Cruzadas.

Aquí abandono el *análisis razonado* para ocuparme de la *historia* misma. Reinados de los Valois. Mudanzas sociales ocurridas en estos reinados: los pueblos se nacionalizan; sepárase la Gran-Bretaña de la Francia, convirtiéndose en su rival y enemiga; forma su constitucion y establece sus libertades.

Fragmentos de los reinados de Felipe VI y de su hijo Juan; guerra de la Bretaña; la Francia es invadida y asolada; batalla de Creci y de Poitiers. La alta y primera nobleza pierde las tres grandes batallas de Creci, Poitiers y Azincourt, y perece casi toda. Muéstrase en la escena una segunda nobleza, que libra á Francia de los Ingleses, y figura por última vez en Yory. El ejército plebeyo ó nacional, que empieza á formarse en el reinado de Carlos VII, se

incrementa, y la pólvora, cambiando la naturaleza de las armas, sirve para destruir la importancia militar de la nobleza, que concluye por dar oficiales al ejército cuyas filas constituía en otro tiempo. Si el sistema de las guardias nacionales se generalizara, destruiria el ejército permanente: se volveria á los levantamientos en masa de la edad media, y el llamamiento á los plebeyos destruiria al de los nobles.

En la época de las guerras de Eduardo III, el color nacional francés era el rojo, y el nacional inglés el blanco. Eduardo tomó el rojo como rey de Francia, y nosotros desechamos este color, ya enemigo. El tratado de Bretigny no mutiló la Francia como se ha creído: Felipe casi nada cedió de las provincias de la corona, y no hubo sino señores particulares que mudaron de soberano. Esto no podria compararse en manera alguna con el desmembramiento de la Francia homogénea de nuestros dias.

¿Por qué no se encuentra en nuestra historia sino un centenar de nombres históricos? Porque los cronistas de la monarquía feudal escribieron únicamente la historia del ducado de Paris, y los escritores de la monarquía absoluta, solo nos han dado la historia de la corte.

Después del reinado de Felipe de Valois, dejó la *historia* y volvió al *análisis razonado*.

Cuadro de los infortunios de la Francia durante el cautiverio del rey Juan: Carlos V y Duguesclin aparecen juntos, como nacidos el uno para el otro; intimidad de sus destinos. Paris se convierte en 1357, en una especie de democracia antigua, en medio del feudalismo; famosos Estados de aquella época; Carlos el Malo, rey de Navarra; sus designios contra el rey Juan. Someter á juicio á un soberano, no es idea que pertenece al tiempo en que vivimos; pruebas históricas de que la aristocracia y la teocracia han juzgado y condenado á reyes mucho tiempo antes de que la democracia haya imitado este ejemplo. Artículo notable y generalmente ignorado del testamento del Carlo-Magno, cuyo artículo supone que los hijos y nietos de este excelente príncipe y hombre grande, á pesar de que eran reyes, podian ser judicialmente tonsurados, mutilados y sentenciados á muerte.

El levantamiento de los paisanos, los furioses del jacobinismo y la existencia de las grandes compañías, fueron desgracias que dieron sin embargo por resultado el ejército nacional. Los movimientos de los hombres groseros de la edad media no indicaban sino la independencia del individuo, que procuraba prevalecer á falta de la libertad y de la especie.

Carlos el Sabio, médico paciente, con la mano aplicada al corazón de la Francia y sintiendo que le volvía la vida, hablaba como señor: intimaba al príncipe Negro que compareciese ante su tribunal, enviaba un ugiar á prender al vencedor de Poitiers y presentaba una proeza á la gloria.

Calamidades del reinado de Carlos VI, reinado que trascurrió entre la aparicion de un fantasma y la de una pastora. Explicase quién fue esa doncella cantada por los tres grandes poetas, Shakespeare, Voltaire y Schiller; de qué modo lo hicieron.

Carlos VII. La monarquía feudal se descompuso en el reinado de este monarca, y no quedaron ya sino sus hábitos. Variaciones capitales: ejército permanente é impuesto no votado; los dos ejes de la monarquía absoluta. Formacion del Consejo de Estado: separacion de este Consejo del Parlamento y de los Estados Generales. Desde el punto á que habia llegado la sociedad en el reinado de Carlos VII, podia dirigirse á la monarquía libre ó á la monarquía absoluta: distinguese con claridad el punto de interseccion y de enlace de los dos caminos; mas la libertad se detuvo y dejó marchar al poder. La causa de esto fue que después de la confusion de las guerras civiles y extranjeras, y después de los desórdenes del feudalismo, la tendencia

de las cosas se inclinaba á la unidad del principio gubernativo. La monarquía en ascenso debia elevarse al mas alto grado de su poder: era preciso que al aniquilar la tiranía de la aristocracia, hubiera principiado á hacer sentir la suya, antes de que la libertad pudiese reinar á su vez. Así se sucedieron en Francia, en un orden regular, la aristocracia, la monarquía y la república: y habiendo abusado del poder, la nobleza, el poder real y el pueblo, se prestaron al fin á vivir en paz bajo un gobierno compuesto de sus tres elementos.

Luis XI ensayó la monarquía absoluta sobre el cadáver palpitante del feudalismo. Este personaje, colocado en los límites de la edad media y de los tiempos modernos, nacido en una época social en que nada estaba concluido y todo principiado, tuvo una forma monstruosa, indeterminada, particular suya, y que participaba de las dos tiranías entre las cuales aparecía. Sus costumbres; sus ideas; su política: justificación de la postrera.

Cuando desapareció Luis XI, acabaren de desplomarse las ruinas de la Europa feudal: tócase á Constantinopla; renacen las letras, é invéntase la imprenta: la América en el momento de su descubrimiento: preséntese la grandeza de la casa de Austria por el enlace de la heredera de Borgoña con la familia imperial. Enrique VII, Leon X, Carlos V y Lutero con la reforma, están cerca. Tócanse ya las orillas de un nuevo universo.

El punto mas elevado de la monarquía de los tres Estados se encuentra en el reinado de Carlos VIII y de Luis XII. Carlos VIII se enlaza con Ana, heredera del ducado de Bretaña. Guerras de Italia. Desde que los reyes de Francia rompieron el último eslabon de la cadena aristocrática, pudieron marchar fuera de su país á la cabeza de la nacion.

Luis XII contrajo matrimonio con la viuda de Carlos VIII, y la Bretaña fue el último gran feudo que volvió á los dominios de la corona. La monarquía feudal que principió por el desmembramiento sucesivo de las provincias del reino, concluyó por su reunion sucesiva al reino, cual los rios que salen del mar y vuelven al mismo.

Sucesos del reinado de Francisco I. Ya no se encuentra el original del *Todo se ha perdido menos el honor*; pero la Francia que lo escribió, lo tiene por auténtico. Transformacion social de la Europa.

El descubrimiento de América ocurrido en el reinado de Carlos VII, en 1492, produjo una revolucion en el comercio, la propiedad y el sistema económico del mundo antiguo. La introduccion del oro de Méjico y del Perú hizo bajar el precio de los metales, elevó el de los géneros y manufacturas, hizo pasar á otras manos la propiedad territorial, y creó una propiedad desconocida hasta entonces, la de los capitalistas, cuya primera idea habian dado los Lombardos y los Judíos. Con los capitalistas nacieron la poblacion industrial y la constitucion artificial de los fondos públicos. La sociedad ya en esta senda, se renovó bajo el punto de vista rentístico, cual se habia renovado bajo el punto de vista moral y político.

A las aventuras de las Cruzadas sucedieron las de ultramar, de muy distinta importancia: el globo se engrandeció, principió el sistema de las colonias modernas, y la marina militar y mercante aumentó en toda la extension de un Océano sin costas. El limitado mar Interior del mundo antiguo, fue solo un estanque de corto interés, cuando las riquezas de las Indias llegaron á Europa por el cabo de las Tempestades. Con cuatro años de diferencia, Carlos V triunfaba de Motezuma en Méjico, y de Francisco I en Pavia.

Hay épocas en que la sociedad se renueva, y en que ciertas catástrofes imprevistas ó ciertas casualidades felices ó desgraciadas, ó ciertos inesperados descubrimientos determinan muy de antemano un

cambio en el gobierno, las leyes y las costumbres. Las guerras de Francisco I, de Carlos V y de Enrique VIII, confundieron los pueblos, y las ideas se multiplicaron.

Cuando Bayardo adquiria el alto renombre que le granjearon sus proezas, hallábase en medio de la Italia moderna, de la Italia que brillaba entonces en toda la frescura y lozanía de la civilizacion renovada; en medio de los palacios edificadas por Bramante y Miguel-Angel, y cuyas paredes se veian cubiertas de cuadros recién salidos de manos de los mas grandes maestros; en la época en que se desenterraban las estatuas y los preciosos monumentos de la antigüedad. Los ejércitos regulares cooidos en Europa desde fines del reinado de Carlos VII, hicieron desaparecer el resto de las milicias feudales, y los valientes de todos los países, se encontraron en estas tropas disciplinadas. Aquellos infieles á quienes los caballeros iban á buscar con San Luis al fondo de la Palestina, dueños á la sazón de Constantinopla, y convertidos en aliados de la Francia, intervenian en su política.

Todo cambió en este país: hasta los trajes sufrieron variacion, y se mezclaron é identificaron las costumbres antiguas y modernas.

La lengua naciente fue escrita con ingenio, finura y sencillez por la hermana de Francisco I, y por este mismo monarca que componia versos tan bien como Marot; por Rabelais, Amyot, los dos Marot y los autores de *Memorias*. Cultiváronse con ardor el estudio de los clásicos, el de las leyes romanas y la erudicion general, y las artes adquirieron tal grado de perfeccion que no han pasado de él en época alguna. La pintura, que brillaba en Italia, fue trasplantada á nuestros bosques y á nuestros castillos góticos, que vieron sus torrecillas y sus almenas coronadas con los órdenes de Grecia. Ana de Monmorency que rezaba sus *Pater noster*, adornaba á Ecouen con obras maestras; el Príncipe herosecaba á Fontainebleau, y Francisco I, que se hacia armar caballero como en tiempo de Ricardo *Corazon de Leon*, asistia á la muerte de Leonardo de Vinci, y recibia el último suspiro de este grande pintor. Al lado de esto el condestable de Borbon cuyos soldados se presentaban como los de Alarico para saquear á Roma; aquel condestable que habia de morir de un cañonazo disparado quizás por el grabador Benvenuto Cellini, representaba en sus tierras de Francia el poder y la vida de un antiguo y opulento vasallo de la corona.

La reforma es el acontecimiento mas grande de aquella época, pues despertó las ideas de la antigua igualdad, é indujo al hombre á examinar, á inquirir y aprender; la reforma fue, propiamente hablando, la verdad filosófica que, revestida de una forma cristiana, atacó la verdad religiosa, ella contribuyó de una manera eficaz á trasformar una sociedad esencialmente militar, en una sociedad civil é industrial: este bien es inmenso; pero iba mezclado con muchos males, y la imparcialidad histórica no permite callarlos.

El Cristianismo principió entre los hombres por las clases plebeyas, pobres é ignorantes: Jesucristo llamó á los pequeños, y estos corrieron á su Maestro: la fe penetró poco á poco en las clases elevadas, y se sentó por fin en el trono imperial. El Cristianismo era entonces católico ó universal: la religion llamada *católica* partió desde el punto mas bajo para llegar á las eminencias sociales; ya hemos visto que el papismo no era sino el tribunal de los pueblos en la edad política del Cristianismo.

El protestantismo siguió un camino opuesto, pues se introdujo por la cabeza del Estado, por los príncipes y los nobles, por los sacerdotes y los magistrados, por los sabios y los literatos, y descendió lentamente á las condiciones inferiores: los caracteres de estos dos